

DE LO RURAL A LO URBANO

Hipótesis sobre las dificultades de mantener la separación epistemológica entre Sociología Rural y Sociología Urbana en el marco del actual proceso de urbanización global

©Artemio Baigorri

V Congreso Español de Sociología - Granada, 1995. GRUPO 5. SOCIOLOGÍA RURAL. Sesión 1ª. La Sociología Rural en un contexto de incertidumbre

INTRODUCCIÓN Y RESUMEN [\(1\)](#)

En los países desarrollados, caracterizados ya por el modo de producción informacional -del que, no obstante, sabemos todavía muy poco- la categorización de los espacios *rurales* y los espacios *urbanos* depende exclusivamente de delimitaciones arbitrarias, basadas en el tamaño de los municipios, o a lo sumo en el peso de la población activa agraria. Lo rural y lo urbano tan sólo tienen peso específico cuando se ponen en juego las elevadas plusvalías que, en el planeamiento urbanístico, se derivan del trazado o retrazado de las líneas de delimitación del suelo urbano o apto para urbanizar. Uno de los motores del nuevo modo de producción informacional es justamente la propia producción y reproducción de la ciudad, y de ahí los grandes conflictos que se desarrollan en torno a la frontera física entre lo rural y lo urbano. Pero han desaparecido diferencias que hicieron surgir, primero en Simmel y luego en Wirth, la preocupación por un modo de vida urbano que, con el tiempo, y sólo como negativo fotográfico, perfiló el concepto de *lo rural*. El espíritu del capitalismo y la sociedad informacional han penetrado hasta tal punto en esos supuestos espacios rurales que no es fácil percibir hoy diferencias en hábitos, actitudes y valores, y menos aún en lo que se refiere a las estructuras y relaciones de producción. **Vivimos en una urbe global, en la que los vacíos cumplen exclusivamente la misma función que, en términos de microubanismo, cumplieron los parques y las zonas verdes en la ciudad industrial.** Y la Sociología Rural es, en lo que a las sociedades avanzadas se refiere, una ideología, en el mejor de los casos una utopía.

Las bases de este proceso están en la transformación tecnológica y ecológica (es decir, también funcional) de estos espacios. Por ello, si queda algún ámbito para el ejercicio de la Sociología Rural ésta sólo puede darse en términos de Sociología de la Urbanización, y en este sentido puede cumplir un importante papel, si no en las sociedades avanzadas, sí en los países menos desarrollados. Su objeto sería el análisis de los procesos de cambio -el cambio es un concepto casi inexistente en la Sociología Rural- que propician la integración

de estos espacios en la urbe global; así como la interpretación de las funciones que, en ese mismo marco, corresponden a los vacíos más alejados de las redes informacionales de esa urbe.

A caballo entre los conceptos tradicionales de Sociología Rural, Sociología del Desarrollo, Sociología Urbana y Ecología Humana, debe darse una revolución epistemológica en esta parcela de la Sociología, bajo riesgo de quedar subsu- mida -como de hecho ya está ocurriendo- en la Antropología Cultural o Ecológica. De hecho, los propios órganos de la Administración que en su día dieron lugar, primero en los Estados Unidos y luego en Europa, a la institucionaliza- ción de la Sociología Rural, desaparecen por anacrónicos. La cuestión estriba en determinar si la Sociología, del mismo modo que en su día supo hacer ver a los políticos y técnicos responsables de la ordenación y el desarrollo rural la conveniencia del conocimiento sociológico como herramienta imprescindible, sabrá hacer ver a los nuevos tecnócratas la utilidad de los sociólogos en la or- denación del territorio⁽²⁾.

LO RURAL Y LO URBANO

Desde que la sociedad industrial se definió como un proceso civilizatorio, uno de cuyos elementos fundamentales fue la urbanización, *lo rural* nunca se ha definido, quedando como residuo de *lo-que-aún-no-es-urbano*. Del mismo modo que, desde que hace algo más de un siglo se inició la reflexión sociológica sobre las consecuencias de la Revolución Industrial, con su acumulación de masas de población en las ciudades (lo que vulgarmente se asimila al proceso de urbanización), la dicotomía se viene planteando en términos de polarización y luego de oposición. Pero sobre todo, y en el marco general del positivismo que desde su origen caracterizó al pensamiento sociológico, se ha venido tra- tando el tema en términos de sucesión histórica de etapas, y en consecuencia de jerarquización: si la revolución industrial traía el progreso económico a las sociedades, la urbanización conllevaba el progreso social. Esta valorización no ha sido siempre explícita, pero ha estado desde luego latente la gran teoría (al menos en Spencer, Durkheim, Simmel, Töennies o Redfield...). Así se hablase de solidaridad mecánica o solidaridad orgánica, de comunidad o asociación, de *lo folk* y *lo urban*, etc, aún cuando se manifestara cierta preocupación por el tipo de desórdenes sociales provocados por la urbanización, se estaba ponien- do en lo alto de la escala a lo urbano, y en lo más bajo a lo rural.

Desde el origen mismo de las ciudades, éstas supusieron un avance objetivo hacia formas de organización social más democráticas, y basadas en el imperio de la ley. Se ha atribuído repetidamente a Marx una frase que Weber rescató de la puerta principal de una vieja ciudad alemana: "*El aire de la ciudad nos hace libres*"(WEBER, 1987:40). La ciudad ha posibilitado una acumulación de capital y una concentración demográfica que ha hecho factible un incremento de la creatividad social⁽³⁾. Y se ha puesto en la ciudad el origen de la democra- cia, ya desde la polis griega⁽⁴⁾.

En los términos que estamos viendo, la definición e identificación de lo rural y lo urbano ha sido relativamente simple; tan simple que, durante siglos, ha llevado a la construcción de toda una mitología que de forma recurrente reverdece, en torno a la Arcadia pastoril y campesina⁽⁵⁾. Pero en la actualidad las cosas no son tan sencillas. El proceso de urbanización dejó de ser hace mucho tiempo un mero proceso cuantitativo, de mera acumulación demográfica en torno a una acumulación de recursos, para pasar a ser un proceso de carácter cualitativo. Si los sociólogos han hablado de *la urbanización como modo de vida* (como hizo Wirth), es porque ya no puede verse en términos de acumulación exclusivamente, sino en cuanto extensión de estilos culturales, de modos de vida y de interacción social. Es decir, **lo urbano ya no está únicamente en las ciudades**. Cuando se ha hablado de *la urbanización del mundo campesino* (LEFEBVRE, 1969, GAVIRIA, 1975, BAIGORRI, 1980b y BAIGORRI, 1983), se ha querido expresar ese proceso que entonces se veía como de colonización cultural, y que no es en realidad sino la extensión del núcleo civilizatorio -capitalista e industrial durante los siglos XIX y XX- a la totalidad del territorio social. Pues la urbanización⁽⁶⁾ es un proceso indisoluble de la revolución industrial y el capitalismo: de forma que **únicamente allí donde las formas de intercambio y de relación no sean de tipo capitalista podríamos hablar tal vez de cultura rural, es decir preindustrial, y en este sentido precapitalista**. Pero *"allí donde triunfan el intercambio de mercancías, el dinero, la economía monetaria y el individualismo la comunidad se disuelve, es reemplazada por la exterioridad recíproca de los individuos y el 'libre' contrato de trabajo"* (LEFEBVRE, 1971:27. La primera versión de este artículo es de 1949). Donde algunos veían únicamente -o nada menos que- la desaparición física del campesinado como grupo social (BARÓN, 1971), debía entenderse la desaparición de una cultura, no de un colectivo social y productivo⁽⁷⁾.

Estamos, con esta tesis de Lefebvre, en Simmel y Toënnies. Pero en realidad no es, ni más ni menos, que la apreciación de Marx en el Manifiesto Comunista de que el capitalismo *"ha sometido el campo a la ciudad"* (MARX, 1971;336). Y no sólo por el mero efecto de la concentración demográfica, sino también por la ruptura de las relaciones sociales y de producción tradicionales. Y a siglo y medio del Manifiesto, ¿qué puede significar hoy esa polaridad rural-urbano, en un planeta donde se ha hablado ya de metrópolis, luego de megalópolis, y últimamente de ciudades-mundo?. Cuando se plantea la existencia de cuatro o cinco ciudades-mundo que constituyen el auténtico centro económico e intelectual del planeta(JONES, 1992;29-33), e incluso apunta el surgimiento -más hipotético que real- de las tecnópolis, como quintaesencia de las ciudades-mundo (CASTELLS-HALL, 1994), ¿qué sentido tiene hablar de lo rural y lo urbano como categorías con vida propia?.

Podemos echar mano de definiciones, pero ninguna sirve, salvo como frágil muleta para mantener ficciones epistemológicas, supuestos campos científicos que no son sino refugio de nominalismos: sociología rural, sociología urbana, geografía rural, geografía urbana, ordenación rural, ordenación urbana... y ahora hasta turismo rural. El Instituto de Estadística, para censar y cuantificar a la población, habla de zonas rurales, zonas intermedias⁽⁸⁾ y zonas urbanas, sin otro criterio, como en casi todos los países, que el tamaño demográfico.

Sin embargo, en las áreas metropolitanas existen municipios clasificados como rurales que son dormitorios de la metrópoli. Y en el centro mismo de la metrópoli hemos tenido ocasión de hacer sociología rural, y hasta proponer un Programa de Desarrollo Agrario (BAIGORRI & GAVIRIA, 1984b). En el entorno de todas las ciudades hallamos este tipo de situaciones en las que la definición podría llevar a discusiones inacabables; del mismo modo que podríamos plantearnos hasta qué punto son urbanas, si tenemos en mente las tipologías de Hall, muchas de nuestras pequeñas ciudades, incluso capitales provinciales. Y la cuestión no es baladí, por cuanto la arbitraria clasificación del INE dificulta seriamente, en la actualidad, la realización de análisis más afinados de la realidad social. En el fondo ocurre que **la dicotomía no nos sirve, por lo que tendríamos que hablar, efectivamente, de gradaciones, de un continuum que iría desde lo más rural -o menos urbanizado- a lo más urbano -o menos rural-**.

Sin embargo, resulta difícil fijar las variables que nos permitan establecer esa gradación, y situar empíricamente un objeto de investigación dado en una supuesta escala. De Redfield a hoy la atribución de un mayor o menor grado de ruralidad/urbanidad se hace, básicamente, de un modo más intuitivo que científico. Y ello es así a causa de uno de los déficits que ha esterilizado tanto la Sociología Rural como la Urbana: la desatención de la forma. Una y otra se han ocupado de estructuras, o lo sumo de funciones; desaprovechando así tanto el rico manantial, precipitadamente atrofiado, de la Ecología Humana, como las aportaciones de ciencias hermanas como la Geografía⁽⁹⁾. Sólo el análisis de las formas de agrupación e interrelación social en el espacio puede ayudarnos a matizar esa gradación, siéndonos más fácil a partir de ahí el localizar vectores más estrictamente sociológicos. Así, el concepto francés, más espacial, de *rurbanización* (BAUER y ROUX, 1976) es previo, y mucho más rico, que el anglosajón, más estructural -e incluso más sociológico-, de *conmuterización* (NEWBY, 1980), y desde luego resulta imprescindible para explicar los cambios estructurales que han caracterizado a los procesos que determinan la **urbanización** global del territorio.

En realidad, este proceso ha sido visto -o previsto, cuando la finalidad no era analítica sino transformadora- bajo denominaciones, interpretaciones -y valoraciones- diversas, por lo que conviene que siquiera prestemos atención siquiera a algunas de las más interesantes.

A las primeras observaciones marxistas sobre la dialéctica campo-ciudad, Kropotkin respondería a finales del XIX con su propuesta de equilibrio ecológico: "*Tened las fábricas y los talleres cerca de las huertas y tierras de labor, y trabajad en unas y otras alternativamente*" (KROPOTKIN, 1972:148). Propuesta que sería asumida por los *ordenadores rurales*, primero en norteamérica, a partir de la segunda década del siglo XX, y que hoy se ve materializada con la agricultura a tiempo parcial. Y en el mismo año en que Kropotkin publicaba su alegato eco-libertario, Kaustky advertía de la necesidad de una "*facilidad de relaciones entre el campo y la ciudad*", como base para la "*difusión de la civilización en el campo y para borrar el antagonismo cultural que separa a éste de la ciudad*"(KAUTSKY, 1974:225); siendo la industria el instrumento que permitiría -como así ha ocurrido- la modernización del campo. Más aún, y ello nos avanza

aspectos a los que luego prestaremos atención -el aislamiento informacional-, cree que *"en las zonas que continúan siendo puramente agrícolas y que, a causa de lo inaccesible de su territorio o de la tozudez de sus habitantes, permanecen cerradas a la penetración de la industria, la población decae desde el punto de vista del número, de la fuerza, de la inteligencia, del nivel de vida, y con ello se empobrece el suelo, y decae la explotación agrícola"*(KAUTSKY, 1974:323).

El nacimiento de la propia Sociología Rural viene determinado justamente por este tipo de preocupaciones, a través de la Comisión para la Vida Rural creada por el presidente Theodor Roosevelt. La *ordenación rural* de la Sección de Población Agrícola y Vida Rural del Ministerio de Agricultura de los Estados Unidos perseguía justamente, desde 1919, la plena *incorporación* sin traumas de los espacios rurales -que, no lo olvidemos, se rigieron desde siempre en los Estados Unidos por criterios capitalistas- a la sociedad industrial. No se trataba por tanto de una colonización por el capitalismo, sino por la civilización urbana.

Naturalmente este tipo de preocupaciones, crecientemente extendidas, pronto dieron lugar a la primera andanada de lamentos por la pérdida de una Arcadia que indefectiblemente no *sufren* quienes la *lloran*. Las llamadas de los ideólogos de *la tierra* contra el desarraigo del progreso se sucedieron, particularmente en la Alemania pre-nazi⁽¹⁰⁾. Pero también en otros ámbitos se pretendía guardar, como hacía el geógrafo G.Roupnel en 1932, *"la armonía universal de toda esta sonriente campiña"* (ROUPNEL, 1932:202). Vale la pena el contraste con Joaquín Costa, a quien se acusa de enfermedades similares, y que sin embargo clamaba desde finales del siglo XIX contra *"los pueblos que se duermen en medio del día, como las vírgenes fatuas, llegan tarde y con las lámparas apagadas a las puertas ya cerradas del peregrino, sin alcanzar a donde se celebran los desposorios del mundo antiguo con esta espléndida civilización moderna"* (COSTA, s/f:191)⁽¹¹⁾.

Tras la segunda guerra mundial el proceso civilizatorio se aceleró de nuevo. Desde el campo del urbanismo se habla de la necesidad de que *"lo mejor de la civilización urbana llegue 'a la tierra'"*, y se propone el término de ruralística, complementario de la urbanística, como concepto provisional hasta que se desarrolle uno urbano-rural(BARDET, 1963:114 y 18). En realidad, es lo que de hecho ya estaba ocurriendo, y la Ecología Humana se interesaba por tales procesos, aunque no llegó a profundizar lo suficiente antes de extenuarse a base de mediciones⁽¹²⁾. Como lo percibían los geógrafos, particularmente Gottmann, que promueve el concepto de *megalópolis* con la publicación en 1961 de su obra de igual título, para un tipo de ciudad que es casi un país, ya que *incluye* el propio campo dentro de sí misma. Más aún, tempranamente advertía sobre un proceso que más tarde retomaría Toffler: los signos de decadencia de la industria justamente al desparramarse en el territorio. Para Gottmann *"la tendencia tiene sus raíces en una consecuencia simple de la evolución social y científica de nuestra era. Lo ocurrido con la agricultura está pasando con la producción fabril, con el aumento de la mecanización, con la racionalización y otras mejoras tecnológicas"*(GOTTMANN, 1973; 63). Pero los sociólogos no se apercebían de estos cambios, pues *"han pasado del estudio de los primitivos al*

estudio de los medios urbanos e industriales" (LEFEBVRE, 1975:62, en un artículo de 1953).

En Europa estos procesos se dieron más lentamente. Entre los años '30 y '70 se producen diversas *reformas agrarias* de variado signo -estructurales, tecnológicas, educativas...-, que convierten en sujetos del máximo interés sociológico a los campesinos. Aunque en realidad **lo que todas las reformas agrarias buscaban era la urbanización del campo**, entendida la urbanización como proceso civilizatorio, de incorporación de los espacios sociales rurales a la modernidad ciudadana, se produjo, entre los sociólogos encargados de colaborar con los técnicos que diseñaban las reformas agrarias, un contrasentido; pues al tomar al *campesinado* como un sujeto histórico, se les consideraba como un objeto de valor, y como tal a conservar. Las razones eran diversas. La influencia del marxismo -particularmente, a partir de los años '60, del maoísmo- hizo que muchos considerasen al campesinado poco menos que como sujeto revolucionario, que debería oponerse a la penetración del capitalismo en el ecosistema de la Arcadia. Gracias a la revolución de las comunicaciones y al fuerte crecimiento de la riqueza en Occidente la antropología estaba de moda; los sociólogos dejaban de hacer sociología y se aplicaban a la etnología, y desde la ciudad descubrían ricos filones en esas casas rurales en las que les invitaban a buen jamón y mejor vino. Hay una fuerte influencia del modelo de Eric Wolf, para quien los campesinos seguían estando "*entre la tribu primitiva y la sociedad industrial (...), ni son primitivos ni modernos*" (WOLF, 1975:5), a pesar de que la evidencia mostraba que los agricultores de los países desarrollados -incluida España- se manejaban perfectamente con la modernidad de los complicados tractores y cosechadoras, de las endemoniadas letras de cambio, los seguros, los colegios de sus hijos, las calculadoras, las sembradoras hidroneumáticas, las semillas selectas... La sociología se lamentaba de que el capitalismo se lanzase a "*insertar al campesinado cada vez más dentro de los mecanismos del sistema económico global y a modelar sus explotaciones de acuerdo con sus intereses*" (SEVILLA-GUZMÁN, 1979:240). Estábamos, en el último cuarto del siglo XX, planteándonos el mismo tipo de problemas que ocuparon a Marx, Durkheim, Weber, Toënnies o Simmel en el último cuarto del siglo XIX. En suma se construía una sociología rural apropiada para paliar los efectos de la desamortización decimonónica, pero se hacía con un siglo de retraso, cuando los *campesinos* deseaban incorporarse rápidamente a la modernidad.

Una modernidad que no podemos asimilar con la industrialización -que empieza a decaer desde los años '60-, ni siquiera con el capitalismo -que convertido en *welfare state* gracias a la socialdemocracia europea y el liberalismo político norteamericano, no era ya ni la caricatura de sí mismo-. **Una modernidad que, en mi opinión, habría que asimilar precisamente al concepto de urbanización.**

Es este un concepto que no puede asimilarse al meramente cuantitativo que a partir de Kingsley Davis se entiende como proporción de población urbana (DAVIS, 1979:13), sino más bien en el sentido de *modo de vida* con que Wirth lo entendió en 1938, pues "*las influencias que las ciudades ejercen sobre la vida social del hombre son mayores de lo que indicaría el porcentaje de pobla-*

ción urbana" (citado en GIDDENS, 1991:591). Pero hasta Lefebvre no habrá una clara identificación del concepto de *sociedad urbana* con la sociedad post-industrial, y ello haciendo referencia, "más que a una realidad palpable, a una tendencia, una orientación, una virtualidad"(LEFEBVRE, 1972:8). Es consciente de que este proceso en absoluto deja fuera a los supuestos rurales: "¿El campo?: ya no es más -nada más- que 'los alrededores' de la ciudad, su horizonte, su límite. ¿Y las gentes de la aldea?. Desde su punto de vista ya no trabajan para los señores terratenientes. Ahora producen para la ciudad, para el mercado urbano. Y si bien saben que los negociantes de trigo o madera los explotan, no obstante, **encuentran en el mercado el camino de la libertad**"(LEFEBVRE, 1972:18). Con anterioridad había afinado también este proceso: "La industrialización produce la urbanización, en una primera fase, negativamente (estallido de la ciudad tradicional, de su morfología, de su realidad práctico-sensible). Después de esto, aparece la verdadera tarea. La sociedad urbana comienza sobre las ruinas de la ciudad antigua y su contorno agrario. A lo largo de estos cambios, la relación entre industrialización y urbanización se transforma. La ciudad deja de ser un recipiente, receptáculo pasivo de productos y de la producción. Lo que subsiste y se refuerza de la realidad urbana es su dislocación, el centro de decisión formará parte en adelante de los medios de producción y dispositivos de explotación del trabajo social por los que detectan la información, la cultura, los mismos poderes de decisión"(LEFEBVRE, 1969:166). Información, cultura, poder de decisión, son en suma los elementos claves en el proceso de urbanización, que vemos aquí, más allá de la crítica política de Lefebvre, como un estadio evolutivo en el proceso general de civilización⁽¹³⁾.

Este proceso evolutivo de carácter casi positivista, que Patrick Geddes había desarrollado con elegancia en su famosa conferencia sobre *La sección del valle*, podemos encontrarlo incluso en la biografía intelectual de los propios sociólogos. Además de en el propio Geddes, de Weber a Lefebvre son muchos los que hallamos preocupados inicialmente por temas rurales, y ocupados en su periodo de mayor fertilidad de temas urbanos. En realidad, en los grandes sociólogos a la preocupación por *lo rural* le sigue, tarde o temprano, la preocupación por *lo urbano*; porque hacer una diferenciación radical es, ciertamente, absurdo.

¿Queremos decir con todo esto que *lo rural* no existe?. Faltan datos empíricos para una afirmación semejante, aunque sí creo factible defender la inutilidad de la separación epistemológica entre lo rural y lo urbano. Si las tesis que venimos desarrollando son acertadas, **lo rural serían apenas algunos intersticios, fuera de la marcha de la civilización, que quedarían en el interior de lo que denominamos la urbe global.**

Posiblemente una clave para entender estos procesos esté en las comunicaciones, como corresponde a la sociedad de la información que ha sustituido a la sociedad industrial. McLuhan apuntó la conformación del planeta en una especie de aldea global, sobre la base tecnológica del "poder descentralizador que el ordenador tiene para eliminar ciudades y todas las demás concentraciones de población" (McLUHAN,1985:55). Y, efectivamente, hemos podido observar en Europa, y particularmente en España, de qué forma una infraestruc-

tura de comunicaciones, la autopista, provocaba profundos cambios socioeconómicos en muchas áreas rurales, del mismo que antes los produjo el ferrocarril⁽¹⁴⁾. Las redes telemáticas están haciendo el resto, pues *"en una sociedad basada en la información, la ventaja competitiva reside ahora en una organización mucho más flexible y descentralizada de la producción y del trabajo, con el fin de reducir los costes fijos, hacer mejor uso de las capacidades existentes, acercarse más al cliente y evitar las limitaciones sobre la movilidad"*(JOHNSTON, 1994:79).

El proceso no ha llevado a una aldea global, en el sentido casi tribal de McLuhan⁽¹⁵⁾, sino más bien -desde una perspectiva civilizatoria y positivista- a una ciudad global, a lo que yo llamaría **la urbe global**: un contínuum inacabable en el que se suceden espacios con formas y funciones diversas, con mayores y menores densidades habitacionales, cohesionados por diversos nodos o *centralidades*, pero que en su totalidad participan de una u otra forma y a todos los efectos de la civilización y la cultura urbanas. **Sólo en la medida en que un espacio se halle incomunicado podrá hablarse de cierta carga -de intensidad variable- de ruralidad**⁽¹⁶⁾, seguramente coincidente con la depresión económica. Precisamente un reciente trabajo sobre municipios y comarcas deprimidas utiliza diversas variables construídas a partir del censo de edificios y viviendas (es decir, variables de urbanización) como índices de depresión. En realidad, la población resultante era, sobre el censo de 1981, de poco más de dos millones de personas, en 1.699 municipios cuyo tamaño medio era de 1.249 habitantes (MELLA,1990). Posiblemente esos dos millones de personas constituyen, en la actualidad, el espacio social rural en España, aunque tal vez habría que añadirles algunos millones más de *rurales* que, aunque insertos espacialmente en la urbe global, como inmigrantes marginados, no han sido asimilados todavía por la cultura urbana.

Naturalmente, este proceso *natural* de urbanización hemos visto que no siempre ha sido, ni lo es todavía, bien aceptado desde buena parte de la sociología, particularmente desde la sociología rural, aún cuando por ello se esté pagando el precio de perder su especificidad sociológica y pasar a convertirse en antropología o etnografía. Y es curioso, este pavor generalizado a la urbanización del mundo campesino tiene graves efectos sobre el propio urbanismo. Como Jacobs puso de manifiesto, *"los principios rectores del urbanismo actual y de las reformas que se refieren a la vivienda tienen como base una resistencia puramente afectiva a admitir que la concentración humana es deseable: esta negativa apasionada ha contribuído a matar intelectualmente el urbanismo"* (citado en CHOAY, 1970:463).

EL ÁMBITO DE LA SOCIOLOGÍA DE LA URBANIZACIÓN

Es obvio que, sobre estas bases, no puede tener sentido una Sociología Rural y como hoy la entendemos, como resulta también carente de sentido una Sociología Urbana, diferenciada de la anterior. Precisándose por ello bien sea una Sociología de la Urbanización (entendida ésta como proceso civilizatorio en marcha), bien como una Sociología de los Asentamientos Humanos, lo que

menos importa es el nombre, que permita una lectura global del territorio. En cuanto a *la cuestión agraria*, ésta entiendo que debe ser tratada en los mismos términos que cualquier otro sector socioeconómico, tal y como existe una sociología industrial, una sociología del conocimiento, o una sociología del ocio. Pero su ámbito de estudio no puede ser ya *la sociedad rural*, porque como tal no existe, sino el colectivo de trabajadores y empleadores que conforman el sector agrario, y que no es sino uno más en cualquiera de los territorios - metropolitanos, urbanos o rurales- que tomemos como unidad de análisis⁽¹⁷⁾.

Es decir, todo este replanteamiento no implica un cambio de objetivo, sino de enfoque. La mejora en las condiciones de vida de la población apartada de las centralidades de la urbe global, así como la conservación del *medio rural*, seguirán siendo objetivos ineludibles. Pero del mismo modo que no podemos concebir esa población como concebíamos al *campesinado*, tampoco podemos identificar el medio rural con el medio natural, como el ecosistema propio del campesinado, sino como un artificio más, una parte de la urbe global, con formas y funciones muy distintas de las consideradas tradicionalmente por la Sociología Rural. Funciones que no vienen determinadas, dictadas por la ciudad triunfante como opuesta al campo, sino que responden a las nuevas necesidades de la sociedad globalmente urbanizada.

En otros trabajos hemos definido un tipo de territorios⁽¹⁸⁾, a caballo entre los conceptos tradicionales de lo rural y lo urbano, en los que *"la tierra, cultivable o no cultivable, ha dejado de tener esa única función de producir alimentos, o en general materias primas. Nuevos factores económicos han entrado en juego, de forma que el agricultor no es sino un agente más en competencia por el uso y control de ese suelo, aunque siga siendo el que más superficie domina y administra (y esta sería quizás una de las principales diferencias entre estos territorios con los puramente urbanos y metropolitanos) (...) El problema estriba en cómo compaginar todas estas funciones con las vocacionales del territorio, esto es la agricultura y la ganadería, e incluso el mantenimiento de espacios 'vírgenes'"* (BAIGORRI, 1983,151).

En este tipo de espacios sólo tangencialmente tienen interés y peso los tradicionales *problemas campesinos*. Las cuestiones que procupan son ya culturalmente urbanas: la geofagia (que hemos definido como *"el apetito insaciable por devorar tierra fértil"*), la banalización del paisaje, la pérdida de peso político de los agricultores, y los excedentes, son los temas característicos de las zonas agrícolas de los países ricos (BAIGORRI, 1992b). Pero lo importante es que esta clase de territorios son los que contienen en la actualidad a la mayor parte de la población considerada estadísticamente como rural, así como la mayor parte de la producción agropecuaria. Y si dejamos de considerarlos rurales, y nos empeñamos en mantener los presupuestos epistemológicos tradicionales de la Sociología Rural, entonces el objeto social que quedaría para esta rama de la sociología debería circunscribirse a algunos desiertos demográficos alejados, como decíamos, de las redes informacionales de la urbe global. Por ello insisto, ya para terminar, en la necesidad de replantear sus mismos fundamentos como rama específica de la Sociología.

NOTAS

1. El título de la comunicación es, obviamente, un homenaje a Henri Lefebvre, quien avanzó las cuestiones que aquí se plantean hace casi tres décadas. Su asesinato intelectual por parte de algunos de sus más preclaros hijos, así como el triunfo del pensamiento débil en la década ominosa, han sido factores que han conducido a su olvido, tras haber sido uno de los filósofos y sociólogos franceses más leídos y traducidos. La vida cotidiana, la urbanización del espacio rural, la política y el diseño del espacio urbano, la tecnocracia, o el marxismo tolerante, entre otros de los muchos temas por él tratados, serían menos conocidos sin sus importantes aportaciones. La confluencia de su pensamiento con el ecologismo californiano dió lugar en España, fundamentalmente a través de Mario Gaviria, a interesantes síntesis que han abonado muchas de las reflexiones que ahora fructifican sobre lo rural y lo urbano, desde una perspectiva ecológica.

2. En el Grupo 6 de este Congreso, dedicado a la Sociología Urbana, aportamos una comunicación, *De la urbanística transdisciplinar. Sobre el papel de la Sociología en las Ciencias de la Ciudad y del Territorio*, en la que se reivindica la aportación sociológica a la construcción de unas Ciencias del Territorio, de la que una de las ramas sería la Urbanística (a la que se refiere la comunicación), y otra podría ser la de Ruralística y Paisaje, asumiendo las nuevas funciones que el denominado *espacio rural* debe desempeñar en la urbe global.

3. Según la conocida tesis de Jacobs, no sería de hecho la agricultura lo que *explicaría* la ciudad, sino que por el contrario sería la ciudad, la concentración demográfica, la que explicaría el desarrollo de las sucesivas *revoluciones* productivas agrícolas (JACOBS, 1971).

4. A pesar de que en la actualidad es en las áreas rurales más deprimidas y despobladas donde encontramos formas de democracia directa al estilo griego, bajo la denominación de *concejo abierto* (ORDUÑA, 1994)

5. También, al menos desde el fabulista Samaniego, la crítica del mito ha sido recurrente. Algunos de mis trabajos han procurado justamente el desengaño racional (BAIGORRI, 1980 y BAIGORRI-CORTÉS, 1984)

6. No utilizamos aquí el término urbanización como lo hace Howard Newby (NEWBY, 1980), quien en realidad hace referencia a un proceso de suburbanización, de extensión física de las ciudades fuera de sus límites, sea a través de la segunda residencia o del fenómeno de los '*commuters*'. En (BAUER&ROUX, 1976, BAIGORRI, 1980b, BAIGORRI, 1983) ese es sólo uno de los procesos, entre otros, que producen -o provocan, si quiere percibirse el fenómeno como algo negativo- la *urbanización del mundo campesino*.

7. De hecho, quienes tempranamente se ocuparon de estos procesos desde la perspectiva de los propios campesinos, en modo alguno alertaban sobre la desaparición de los agricultores como productores de mercancías, sino de estilos culturales como los de los pastores trashumantes y los jornaleros instalados en chozos; en suma, y más allá de los sentimentalismos urbanos, se trataba de la desaparición de modos y estilos de vida no sólo precapitalistas sino precivilizados en un sentido amplio -y democrático- del término (BAYO, 1973). A pesar de cierto sentimiento de pérdida por la desaparición de un campesinado más antropológico y etnológico que sociológico, hoy -salvo que nos consideremos entomólogos en lugar de sociólogos- no puede cabernos ninguna duda de que la desaparición de esos *rústicos*, autoexplotados como yunteros y pequeños labradores o explotados por otros como los jornaleros (BAIGORRI, 1994) sólo puede entenderse como un avance social y civilizatorio.

8. Aparte de la distinción cuantitativa (según tamaño demográfico de los municipios) que hace el INE, nunca nadie ha definido sociológicamente esas *zonas intermedias*, que de hecho nada tiene que ver con el concepto de *ciudades medias*, que forman parte de las zonas urbanas definidas por el INE. Esta ya vieja distinción estadística entre zonas rurales, intermedias y urbanas abona las tesis que se implantaron a partir de los años '30 y '40 en la línea de un *conti-*

nuum rural-urbano (LYNN, 1940), que según Redfield iría más allá, a un *continuum* tribal-rural-urbana (citado en GUBERT, 1986,211).

9. Las causas de este déficit de la forma tal vez habría que buscarla en factores ecológicos de dominio disciplinario. Al fin y al cabo, la sociología rural surgió como herramienta subsidiaria de la ingeniería agraria y forestal, y la sociología urbana se ha venido dejando arrinconar por el urbanismo tecnocrático de los arquitectos y los ingenieros de caminos. Este tipo de técnicas (arquitectura, ingenierías) que basan su actuación en el espacio, han esterilizado (por decirlo en términos propios de la sociedad rural desaparecida, han *capado*) estas ramas de la sociología, limitando su capacidad de desarrollo. ¿Cómo es posible que hasta hoy hayan existido voluminosos tomos dedicados a estudiar las sociedades rurales y urbanas sin que en ellos aparezca un solo plano? (ver, para una crítica de estas cuestiones en la Sociología Urbana, BAI-GORRI, 1995).

10. Unas buenas muestras se recogen tanto en (FERRY, 1994) como en (BAHRDT, 1978)

11. Las propuestas de Costa, como la de todos los clásicos *agraristas*, distinguen con extrema finura -al contrario que muchos de los modernos *ruralistas*-la agricultura como sistema productivo que, con las adaptaciones pertinentes a las transformaciones tecnológicas, siempre será necesaria e incluso imprescindible, de *la ruralidad* -o en términos más clásicos y reales, *la rusticidad*, como modo de vida y de interacción social que constituye un lastre para la mejora en las propias condiciones de vida de los mismos agricultores.

12. Hay algunos trabajos de los años '50 que, desde la Ecología Humana, analizan el proceso de cambio en las áreas rurales más cercanas a las ciudades, proponiendo un proceso inacabable ajustado al principio ecológico de gradiente; y según el cual sucesivas áreas rurales se van incorporando a las áreas metropolitanas, pasando a ejercer sus funciones otras áreas más alejadas. Se señalaba ya cómo en los Estados Unidos "*la intensa dispersión de industria, población y terciario, y la pareja conversión de suelo rural a usos no agrícolas están produciendo impresionantes cambios en los sectores rurales de las áreas satélites*" (MARTIN,1957:481).

13. Es la urbanización, como fase civilizatoria diferenciada de la sociedad industrial, el mejor argumento contra la creencia en el fin de la historia. Las sociedades humanas **nunca** dejan de evolucionar, el cambio es la constante que diferencia, justamente, a las sociedades humanas de las animales; lo que diferencia a la sociología de la etología.

14. Desgraciadamente en España no conocemos estudios que se hayan ocupado a posteriori de los efectos sociales de las autopistas, a pesar de que previamente, y durante el proceso de construcción, la literatura anti-autopista que se produjo -o produjimos- fue abundantísima. En Estados Unidos la profunda transformación ecológica que a nivel federal supuso la red interestatal de autopistas generó por el contrario importantes programas de investigación, que mostraron cómo "*el cambio más notable se produce en el suelo rural, que sufre una transformación a usos más intensivos*" KIRK, 1974:311)

15. Tengamos en cuenta que la obra de McLuhan se desarrolla en el marco del primer gran pavor ante la irrupción de las tecnologías de la comunicación. Siguiendo los modelos de McLuhan se hablaría luego -en los años '70 y fundamentalmente desde Italia- de una *Nueva Edad Media*.

16. Esto no se contradice con la crisis de las grandes ciudades, pues la urbe ya no necesita con las nuevas redes comunicacionales, de la concentración. Se percibe una fuerte tendencia "*hacia la dispersión/fragmentación de los territorios urbanos*"(LOPEZ DE LUCIO, 1995), y la '*glocalización*', como proceso de cohesión entre la economía global y la economía local (ENRIQUE y COROMINAS, 1995). Son estos fenómenos de dispersión, fragmentación, glocalización, los que permiten explicar la ya efectiva urbanización de todos los espacios sociales.

17. Ello supondría una restitución de de la plena igualdad del llamado *campesinado* respecto del resto de la ciudadanía, frente al actual tratamiento, del tipo del que se prodiga a las tribus

en extinción. Tal vez así dejasen de ser necesarios los viejos alegatos sobre el *olvido del campo*, repetidos hasta la saciedad por todos los presidentes de la Hermandad Nacional de Agricultores y Ganaderos, y desgraciadamente todavía presentes en la literatura científica (GARCÍA DE LEÓN, 1992). El concepto de *la ciudad cntra el campo* es hoy un concepto anacrónico, inútil y profundamente reaccionario. El que todos los sociólogos de origen rural hayamos amanecido a la Sociología mamando y abusando de esa invariante no justifica su conservación en la literatura social, que debe ocuparse hoy más bien de analizar *la ciudad en el campo y el campo en las ciudades*.

18. Nominados como *agro-urbanos* para evitar su confusión con los espacios *rurbanos*, que son más bien la periferia de lo urbano, en forma de detritus o de fuga lujosa del estrés (BAIGORRI, 1983:148)

BIBLIOGRAFÍA CITADA

BAIGORRI, Artemio (1980), 'Sobre la verdadera naturaleza del campo como refugio de ociosos e itinerantes', **Transición. Economía, trabajo, sociedad**, 22/23, pp. 36-40

___ (1980b), 'Retrato de un colonizado. Sobre la decadencia y muerte del saber campesino', **Bicicleta. Revista de Comunicaciones Libertarias**, 20/30, pp.52-55

___ (1983), 'La urbanización del mundo campesino', **Documentación Social**, 51, pp. 143-148

___ (1984b), 'La competencia por el uso de la tierra', en Baigorri y Gaviria, *El campo riojano*, T.I., pp. 101-109

___ (1992), 'Agricultura, ecología y ordenación del territorio', en VVAA, *Agricultura ecocompatible*, Dirección General de Investigación, Extensión y Capacitación Agraria, Junta de Extremadura, Badajoz

___ (1992b), '[Perspectivas globales. Tendencias y desafíos planetarios entre los rurales](#)', **ExtremaDuda, Revista de Ciencias Sociales y del Territorio**,2, pp.49-57

___ (1994), *El paro agrario*, Servicio de Publicaciones de la Diputación de Badajoz, Badajoz

___ (1995), '[Del urbanismo multidisciplinario a la urbanística transdisciplinaria. Una perspectiva sociológica](#)', **Ciudad y Territorio/Estudios Territoriales**, 104, pp. ¿? (en prensa, aparecerá en el otoño de 1995)

BAIGORRI, Artemio y CORTÉS, Georgina (1984), 'La salud de los agricultores' en Baigorri y Gaviria (dirs.), *El campo riojano*, T. I, pp. 52-62

BAIGORRI, Artemio y GAVIRIA, Mario, dirs., (1984), *El campo riojano*, 2 tomos, Cámara Agraria de La Rioja, Zaragoza

___ (1984b), *Agricultura periurbana*, DGOTMA, Comunidad de Madrid, Estudios e Informes, 2, Madrid

BAHRDT, Hans Paul (1978), 'Crítica de la crítica de la gran ciudad', **Discusión**, 2, pp. 59-86

BARDET, Gaston (1963), *L'Urbanisme*, Press Universitaires de la France, Paris

BARÓN, Enrique (1971), *El final del campesinado*, ZYX, Madrid

BAUER, Gérard y ROUX, Jean-Michel (1976), *La rurbanisation ou la ville éparpillée*, Seuil, Paris

BAYO, Eliseo (1973), *El manifiesto de la tierra*, Planeta, Barcelona

_____(1975), *Oración de campesinos*, Planeta, Barcelona

CASTELLS, Manuel y HALL, Peter (1994), *Las tecnópolis del mundo*. Alianza, Madrid

CHOAY, Françoise (1970), *El urbanismo. Utopías y realidades*, Lumen, Barcelona

COSTA, Joaquín (s/f), Antología preparada por José García Mercadal, Biblioteca Nueva, Colección Ideario Español, Madrid

DAVIS, Kingsley (1979), 'Urbanización de la población humana', *Scientific American*, *La ciudad*, Alianza, Madrid, pp. 11-36

ENRIQUE, Luis y COROMINAS, David (1995), 'Estado y mercado en el contexto de la globalización: un ensayo de interpretación del modelo social madrileño', **Economía y Sociedad**, 12, pp. 69-91

FERRY, Luc (1994), *El nuevo orden ecológico*, Tusquets, Barcelona

GAVIRIA, Mario (1971), *Campo, urbe y espacio del ocio*, Siglo XXI, Madrid

____ (1975), 'La dependencia de los agricultores', **Cuadernos para el Diálogo**, Extra XLV, pp.48-52

GARCÍA DE LEÓN, María Antonia (1992), *La ciudad contra el campo*, Diputación de Ciudad Real

GIDDENS, Anthony (1991), *Sociología*, Alianza, Madrid

GOTTMANN, Jean (1973), 'La urbanización y la campiña norteamericana: el concepto de la megalópolis', en Saul Cohen (comp.), *Geografía y medio ambiente en América*, Editores Asociados, México, pp. 53-65

GUBERT, Renzo (1986), 'Campo', Demarchi y Ellena (dirs.), *Diccionario de Sociología*, E. Paulinas, Madrid, pp. 206-215

JACOBS, Jane (1971), *La economía de las ciudades*, Península, Barcelona

JOHNSTON, Peter (1994), 'Teletrabajo y transporte: hacia una sociedad de la información', **Alfoz**, 109, pp. 78-82

JONES, Emry (1992), *Metrópolis*, Alianza, Madrid

KAUTSKY, Karl (1974), *La cuestión agraria*, LAIA, Barcelona

KIRK DANSEREAU, H. (1974), 'Algunas implicaciones de las autopistas en la ecología de la comunidad', en G.A.Theodorson, *Estudios de Ecología Humana*, Tomo I, pp. 294-312

KROPOTKIN, Piotr (1972), *Campos, fábricas y talleres*, ZYX, Madrid

LEFEBVRE, Henri (1969), *El derecho a la ciudad*, Península, Barcelona

___ (1972), *La revolución urbana*, Alianza, Madrid

___ (1975), *De lo rural a lo urbano*, Península, Barcelona

LOPEZ DE LUCIO, Ramón (1995), 'Dispersión/fragmentación de los territorios urbanos', **Economía y Sociedad**, 12, p. 45-58

LYNN SMITH, T. (1940), 'Trends in community organization and life', **American Sociological Review**, 5, 1940, pp. 323-334

MARTIN, Walter T.(1957), 'Cambio ecológico en área rurales satélites', publicado en la **American Sociological Review** y recogido en G.A.Theodorson, *Estudios de Ecología Humana*, Tomo II, pp. 467-482

McLUHAN, Marshall (1985), *Guerra y paz en la aldea global*, Planeta-Agostini, Barcelona, (la edición original es de 1968)

MELLA, José M^a (1990), 'Depresión socioeconómica de los municipios y comarcas', **Estudios Territoriales**, 32, p. 111-127

NEWBY, Howard (1980), 'Urbanización y estructura de clases rurales', **Agricultura y Sociedad**, 14, pp. 9-48

ORDUÑA, Enrique (1994), *Democracia directa municipal, Concejos y Cabildos abiertos*, Civitas, Madrid

ROUPNEL, Gaston (1932), *Histoire de la campagne française*, Grasset, Paris

SEVILLA-GUZMÁN, Eduardo (1979), *La evolución del campesinado en España*, Península, Barcelona

THEODORSON, G.A. (1974), *Estudios de Ecología Humana*, Labor, 2 Tomos, Barcelona

WEBER, Max (1987), *La ciudad*, Ediciones La Piqueta, Madrid

WOLF, Eric(1975), *Los campesinos*, Labor, Barcelona (2^a edición)
